

El retablo de la nostalgia

Claudia Guillén

Una de las variantes de la nostalgia es que suele remitirnos a espacios que han quedado atrás en el tiempo, pero que en la memoria dan la impresión de permanecer intactos. Lo sabemos, la hemos experimentado, pues se trata de un sentimiento que nos acompaña a todos en mayor o menor medida. También sabemos que existen matices en ella, o bien diversas perspectivas de un hecho, que nos pueden sumir en una añoranza alegre, lúdica y hasta jocosa. En su ámbito, los sucesos nos integran a nuestros recuerdos, construyendo carreteras mentales que pueden dirigirse a destinos indefinidos; es decir, la nostalgia posee una entrañable incertidumbre que no se deshoja sino, por el contrario, se solidifica con el paso del tiempo.

Quienes han tenido que dejar la patria para vivir un exilio, ya sea voluntario o involuntario, suelen contar con un tipo especial de nostalgia: la que se alimenta de recuerdos gratos o ingratos por igual y, mezclándolos, hace surgir un mundo mágico, más o menos fiel a la realidad, aderezado por el recuerdo de la lejanía heredada por los padres y asumida como propia por los hijos, como lo podemos leer en el libro *Ya sabes mi paradero* de Anamari Gomís, donde este sentimiento encarnado en los progenitores, exiliados españoles, trastoca no sólo su mundo sino también el de los hijos, protagonistas de la novela.

Muestras de este ejercicio literario hay varias, y autores que carguen con su primera patria como una segunda piel de su imaginario, también. En México, por ejemplo, tenemos al novelista, guionista y ensayista, Eliseo Alberto (1951), quien abandonó Cuba con un dejo de tristeza y tal vez algo de culpa. Su nostalgia es propia, sin intermediaciones familiares. Es, pues, una experiencia

que lo ha marcado directamente y que él toma como eje de sus pensamientos, recuerdos y emociones. El mundo de la Isla y sus personajes le han bastado y sobrado para llenar páginas de ficción-realidad en su celebrada y reconocida obra literaria. Así, por ejemplo, en *Informe contra mí mismo* este autor convierte su experiencia propia en materia prima para narrarnos los cambios sufridos en la sociedad cubana después de la Revolución. Y podríamos enumerar varios más de sus títulos, con lo que quedaría patente que Eliseo Alberto, fiel a sus recuerdos y amores, siempre vuelve al origen, como lo muestra de nuevo en *El retablo del Conde Eros*, su más reciente novela editada por Planeta.

La historia inicia con el regreso de Julián Dalmau a La Habana. Él es un actor cubano que ha vivido en Estados Unidos, donde logró ciertos éxitos filmicos al lado de las grandes estrellas de los años cincuenta, década que Eliseo Alberto aborda y describe con el fin de que sirva de marco temporal a los sentimientos de sus personajes —un grupo minoritario de la Cuba previa a la Revolución— y al desarrollo de su trama. Este retablo histórico inserto en la vida cotidiana de la sociedad isleña de la época le permite a Eliseo Alberto jugar con el perfil de sus protagonistas, una suerte de antihéroes que parecieran carecer de interés por su aparente oscuridad, y dotarlos de diferentes matices. De esta forma, a lo largo de las páginas de la novela el lector transita con toda naturalidad a través de la convivencia que se da entre prostitutas, homosexuales, padres que abusan de sus hijos y el propio Conde Eros: un escritor sin mayor trascendencia que funciona como el eje indispensable de este grupo de hombres y mujeres unidos por su tragedia personal.

El Finisterre es su centro de reunión, o el refugio de sus recuerdos. Se trata de un teatro donde se presentan espectáculos eróticos y adonde acude un público interesado en ver cómo se desenvuelven quienes viven el mundo de la noche y de la desnudez, quizá no sólo en lo que respecta a sus cuerpos, sino también en lo referente a esas almas, que parecieran desencarnadas a causa de sus experiencias dolorosas del pasado. En determinado momento se suma a esta peculiar tropa Dalmau quien, por sus características personales, daría la impresión de no formar parte del clan, pero al que, finalmente, ellos rescatan de sus propios demonios.

La narración fluye con un ritmo que por momentos es acompasado, y en otros ágil, rápido y certero, lo que le permite al autor dar sentido a cada subtrama, al mismo tiempo que echa mano de ese humor inserto en la lógica del país caribeño: un humor que sirve para añadir al relato las ideas más dis-





Eliseo Alberto

paratadas, siempre con el sustento contundente y peculiar que les otorga una verosimilitud inusitada. En *El retablo del Conde Eros* el mundo gira alrededor de los errores cometidos por los padres sobre sus hijos, y las consecuencias que éstos acarrearán a quienes los cometieron. Sin embargo, en caso de existir, los sentimientos de culpa se atenúan con la alegría que parece brotarles de la sangre a los personajes, dándoles ánimo y voluntad para vivir la realidad lejos de la tristeza y de la solemnidad.

Como decía líneas arriba, la nostalgia está en todas partes como una especie de aparición de la que no es posible desprenderse. Así se refleja en los protagonistas Dalmau y el Conde Eros, quienes se vuelven testigos del pasado de sus amigos y de la transformación de su entorno, sin dejar ninguno de lado la historia personal que los convierte en seres tan peculiares: Dalmau decide volver a su tierra natal después de veinticinco años de ausencia, para alejarse de la vida frente al público después de haber actuado en la obra de teatro *Cuatrogatos encerrados* para cumplir con la promesa que hizo a su hijo muerto; por su parte, el Conde Eros es un dramaturgo atípico y quizá fracasado en el mundo de las letras, mas no

así en el universo de su propio retablo. Son, pues, dos hombres que unen sus contrastes para iluminarse el uno al otro.

Durante el desarrollo de la trama, a manera de homenaje el autor inserta en el discurso de su prosa algún poema de su padre, el poeta Eliseo Diego. Y hace lo mismo, aunque en distinta forma, con el propio Conde: a valando su nostalgia permanente, escribe lo que el dramaturgo no pudo llevar a cabo y seguro hubiera querido escribir de haber contado con más tiempo pero, sobre todo, con mayor talento. En esta novela Eliseo Alberto realiza, en suma, un ejercicio narrativo con toda pulcritud para mostrarnos un retrato de aquella Cuba que muchos ya no conocimos y a la que ya sólo es posible acceder a través de la lectura de estas páginas. En ella, los seres que en principio podrían habernos parecido ajenos, se vuelven entrañables al presentarse ante nuestra mirada sin tapujos, tal como son, con sus altas y sus bajas, sus demonios y noblezas, en su esencia más pura. ¿Quién podría pensar que se puede encontrar pureza en un Burlesque de los años cincuenta donde la norma dicta que únicamente puede haber decadencia? Una de las virtudes de *El retablo del Conde Eros* es que en sus páginas el autor despliega su gran capacidad para ejemplificar la parte “oscura” de la condición humana, pero al hacerlo desde lo más profundo consigue encontrar en sus entrañas la luz que le sirve de contraste. No todo puede ser negro o blanco, parece decirnos Eliseo Alberto: aun quienes han experimentado sucesos por demás traumáticos pueden salir adelante, dejando atrás el dolor del pasado para integrarse en un mundo donde se encontrarán con sus pares.

La pericia e intuición que nos devela el conocimiento de las conductas humanas sólo se logra a través de la sensibilidad y la

observación. En ese sentido, Eliseo Alberto es un gran maestro: descubre lo más oculto de los otros para trasladarlo a la literatura. Construye a sus personajes dentro de un contexto específico, como si se tratara de piezas de ajedrez, y los mantiene siempre en ese incierto sitio donde el jaque mate se percibe cercano pero nunca es evidente. Realiza un juego de espejos, en un ejercicio de prestidigitación narrativa, para acentuar la individualidad de cada uno de sus protagonistas, otorgándoles fortaleza, personalidad y ese sutil poder de atrapar a quienes seguimos atentos su historia.

Otro acierto de *El retablo del Conde Eros*: el manejo de las diferentes voces narrativas que se entremezclan sin tropiezos. La tercera persona recrea sutilmente las calles de aquella Habana de Hemingway, llenas de personajes complejos, literarios. En su torrente prosístico se intercalan diálogos, poemas, y algunos versos de melodías populares que muestran el sentir de quienes las entonaban en su momento: los personajes cantan, ya sea que sufran o gocen, mostrando así un perfil de carácter y reconociendo sus alegrías íntimas, esas alegrías tan propias de quienes nacieron en la Isla, que persiste aún pasados los años.

En *El retablo del Conde Eros* vemos no sólo el poder de Eliseo Alberto para reconstruir conductas humanas que parecieran olvidadas en la Cuba de hoy, sino también el reflejo de su necesidad íntima de contar recuerdos, lo que lo llena de una nostalgia agradecida: esa nostalgia que permite que el dolor se vaya alejando, y que transforma los recuerdos en un constante homenaje al pasado. **U**

Eliseo Alberto, *El retablo del Conde Eros*, Imaneta, México, 2008, 232 pp.

¿Quién podría pensar que se puede encontrar pureza en un Burlesque de los años cincuenta donde la norma dicta que únicamente puede haber decadencia?